



Subir a por aire (1939), o la infrapolítica según George Orwell

Oriol Quintana Rubio ¹

Recibido: 22-09-2017 / Aceptado: 26-04-2018

Resumen. George Orwell expuso los mecanismos de opresión del individuo bajo los regímenes totalitarios. Su influencia, tanto en la teoría política como en la vida cotidiana, ha sido indiscutible. Sin embargo, otra novela suya, *Coming up for air* (1939), menos conocida y estudiada, parece hoy más relevante que *Nineteen eighty-four* (1949). En *Coming up for air*, Orwell describe la situación del ciudadano medio en la democrática Inglaterra de la época, centrandose su atención no tanto en las formas a través de las cuales se ejerce el poder, sino la forma en que este es resistido, porque existe una opresión sorda en la democracia moderna, ejercida justamente sobre el individuo cuya libertad política protege y promueve. Este artículo explora en qué consiste esa opresión y la infrapolítica diseñada por Orwell para resistirse a ella.

Palabras clave: George Orwell; *Coming Up For Air*; infrapolítica.

[en] *Coming Up For Air* (1939), or the infrapolitic to George Orwell

Abstract. George Orwell explained how totalitarian régimes oppressed the individual, and his influence is still great in politics and even in daily life. However, *Coming Up For Air* (1939) appears to be more relevant today than his long-studied and widely read *Nineteen Eighty-Four* (1949). In *Coming Up For Air*, Orwell describes the life of the common man in the democratic England of the time, focusing in the way political power is resisted rather than exerted, because there really is a dull oppression under democracy, exerted on the individual whose political freedom protects and fosters. This paper aims at clarifying in which way is the individual oppressed and how he can, according to Orwell, resist the oppression.

Keywords: George Orwell; *Coming Up For Air*; infrapolitics.

Cómo citar: Quintana Rubio, O. (2018): “*Subir a por aire* (1939), o la infrapolítica según George Orwell”, *Política y Sociedad*, 55(2), pp. 383-398.

Sumario. 1. Subir a por aire, o la dificultad de ser apolítico. 2. Infrapolítica y resistencia. 3. Las fuentes orwellianas de la infrapolítica. 4. Estrategias de resistencia. 5. Bibliografía.

¹ IQS, Universidad Ramon Llull (España).
E-mail: oriol.quintana@iqs.url.edu

1. *Subir a por aire*, o la dificultad de ser apolítico

Cualquier intento de hacer el más mínimo acto meramente individual, un acto completamente apolítico, parece condenado al fracaso. Un acto así debería ser, en primer lugar, secreto, porque todo aquello que se anuncia a los demás les influye. En segundo lugar, debería ser realizado en soledad, por razones obvias. En tercer lugar, debería ser un acto sin ningún significado político, es decir, que estuviera fuera del ámbito de lo que aquellos que aspiran y/o detentan el poder han señalado como constructivo para la causa. Debería ser un acto que fuera tan universalmente aceptado y tan arraigado en las costumbres que no admitiera una lectura política: un acto tan obvio que no significara nada, que no pudiera causar escándalo a nadie, un acto que los demás no registraran, aunque fuera público. Y, en cuarto lugar, el acto debería ser gratuito, en el sentido más económico del término, un acto por el que no se pagara ni se cobrara dinero, o que pudiera hacerse en ese espíritu, dado que el dinero es lo más político que existe. Las condiciones, pues, de llevar a cabo un acto apolítico son demasiado restrictivas y lo excluyen casi todo. Un acto apolítico perfecto parece imposible.

¿Para qué buscar y realizar un acto completamente apolítico? En términos de Orwell: para subir a respirar. Aunque Orwell declaró en 1946 (“Why I Write”, en Davison 1998: 319) que su máxima aspiración literaria había sido convertir la escritura política en arte (algo que logró sin duda en 1945 con *Animal Farm*, y que conseguiría de nuevo en 1949 con *Nineteen Eighty-Four*), hay pruebas de que consideraba vital saber ser apolítico tan a menudo como uno pudiera, lo que no deja de ser chocante en un autor dedicado a la escritura política. Solo en aquellos actos que estamos intentando describir, solo en los actos apolíticos, podría la persona tocar la realidad sólida y estar completamente libre de cualquier opresión. Lo apolítico es, en realidad, el objetivo final de toda política honesta (aquella política que orwellianamente no consista en la obtención del poder por el poder mismo). Incluso los regímenes totalitarios más cruentos declaran tener como objetivo la felicidad de las personas, lograr que nadie tenga que vivir bajo la presión de la necesidad o del miedo. Los mayores opresores, invariablemente, se presentan a sí mismos como libertadores. Lo que no hace más que confirmar que la buena política tiene como objetivo lograr que los actos apolíticos sean predominantes en una sociedad. Mientras no lo logra, la política, cualquier política, es una forma de opresión, justamente porque proscribire los actos apolíticos.

Actos secretos, individuales, fuera de toda ortodoxia política, tan aceptados socialmente que no admitiera una lectura política. Gratuitos, o tan al alcance de todos que no pudieran considerarse un acto de afirmación social o de poder. ¿En qué acción concreta podía reunir todas estas características? Según Orwell, salir a pescar. Pescar era, para este autor, una forma de escapar del dominio de lo social y lo político, independientemente del régimen de turno. Él, que había participado en la guerra civil española, hacía exclamar a George Bowling, el protagonista de *Coming Up For Air*: “La pesca es lo contrario a la guerra” (Orwell, 1985: 97)². La pesca tiene las características que hemos enumerado para ser una buena candidata a ser un acto apolítico.

² Todas las citas de las obras de Orwell y de los demás autores las ha traducido el autor del artículo.

La política lo invade todo, incluso en los regímenes que, supuestamente, protegen la intimidad de los individuos; como el liberalismo se había propuesto durante mucho tiempo. Toda política, así, resulta más o menos opresiva, porque la sensación de verdadera libertad solo llega a través del acto apolítico. Sin embargo, no todas las formas de opresión son iguales. Orwell conoció la persecución política en España, donde estuvo a punto de ser detenido y encarcelado por su afiliación casi accidental al P.O.U.M. Desde entonces tuvo claro quiénes eran sus enemigos, y escribió incansablemente contra los regímenes totalitarios. Pero incluso en los regímenes abiertos y democráticos existe cierta opresión, que Orwell se dedicó también a analizar. Escribió *Coming Up For Air* en Marruecos, durante el año 1938, a donde había ido a vivir durante un año para intentar recuperarse de su afección pulmonar. Acababa de escribir *Homage to Catalonia* (1938), y aunque *Coming Up For Air* está marcada por el temor a la llegada del totalitarismo en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la obra tiene un tinte apolítico, incluso en el sentido que estamos intentando dilucidar. El protagonista, George Bowling, vendedor de seguros de mediana edad, gordo, casado, con dos hijos, con una casa en las afueras siente, al principio de la novela, que aunque su posición social es mejor que la de sus padres, su vida no lo es en absoluto. Las condiciones vitales de la clase media están demasiado teñidas por el miedo como para tener una vida satisfactoria. No solo está la perspectiva de la guerra –que empezaría el año en que se publicó la novela– o la perspectiva de la siguiente crisis económica y el temor al paro (o la pérdida de las pensiones), también está la permanente lucha por la competitividad económica del mismo sistema. Además, los cambios culturales acelerados de la vida moderna representan una fuente de incomodidad, porque hacen imposible cualquier sentimiento de estabilidad personal. Todas esas fuentes de inquietud se originan en lo político, en aquello que está más allá del control y la elección del individuo, y todas están presentes en la novela. Todo lo que inquieta al individuo es sistémico y está más allá de su poder. Así, incluso para un ciudadano bien integrado, el régimen político y social es fuente de opresión y miedo, con unos sentimientos que años más tarde (en los cincuenta), volverían a ser formulados, en este caso por el filósofo Jaques Ellul (1964:376), en referencia al individuo en la sociedad tecnológica:

“Considerad al hombre común cuando vuelve de su casa (...). Cuando termina su turno, la alegría de haber acabado se mezcla con la insatisfacción por un trabajo con tan pocos frutos, incomprensible para él mismo, y muy lejos de ser un trabajo verdaderamente productivo. En casa ‘se encuentra a sí mismo’ de nuevo. Pero ¿qué encuentra? Un fantasma de sí mismo (...). Por la reflexión descubre que no ha habido nada entre sus aventuras adolescentes y su muerte, ni un solo punto en el que tomara una decisión o iniciara un cambio. Los cambios son prerrogativa de la sociedad organizada tecnológicamente (...). No ha habido nunca diferencia entre un día y el siguiente. Y, aun así, la vida nunca ha sido serena, porque los noticieros y periódicos le transmiten la imagen de un mundo inestable. Si no es una guerra fría o una caliente, hay todo tipo de contingencias que le recuerdan la precariedad de su vida. Dividido entre su precariedad personal y la rutina inalterable de su trabajo, no encuentra su lugar, no pertenece a ningún sitio. Tanto si le sucede algo como si nada se altera, en ningún caso es él el autor de su destino”.

Para intentar descansar y huir temporalmente de sus temores, George Bowling decidirá regresar al pueblo de su infancia, con la idea de recuperar la intensidad de sentimiento, la paz y la vibración en la que se podía vivir en un escenario y una época –la primera década del siglo veinte– mucho más amable, mucho más estable, mucho más libre. En su situación actual, e incluso al meditar sobre su vida pasada, descubre que todas las decisiones que otros han tomado por él –incluyendo su participación en la Primera Guerra Mundial, o el tipo de trabajo al que ha podido aspirar–, y que las decisiones que él ha tomado –como la de casarse y tener hijos– no han hecho más que encerrarle en la opresiva situación en la que se encuentra. Y descubre, horrorizado, que desde los dieciséis años no había vuelto a pescar.

Para poder hacer esta visita a Lower Binfield, Bowling debe mentirle a su mujer Hilda y pedir una semana de vacaciones en el trabajo. Cuando finalmente llega el día previsto, y toma con su coche la ruta hacia el pueblo, le sobreviene un extraño sentimiento de estar traicionando no solo a su familia, de la que claramente huye, si no a la sociedad entera. Y por ello, también tiene la sensación de que ellos se han dado cuenta de su rebeldía y le persiguen (la novela está escrita en primera persona) (Orwell, 1985:205):

“Cuando digo ellos, me refiero a todos los que no aprobarían una escapada así, y que hubieran intentado detenerme si hubieran podido; lo que, supongo, incluiría más o menos a todo el mundo”.

Orwell enumera entonces una inacabable lista de personas que quieren detenerle. Son los que, por tener algún poder, representan lo político; representan la capacidad, propia del colectivo, de dar forma a la existencia de los individuos. Y eso incluye a su mujer e hijos, las amigas de su mujer, sus jefes en el trabajo, sus compañeros de trabajo y sus vecinos chupatintas de la urbanización donde vive; algunos mientras empujan el carrito del bebé y otros empujando el cortacésped. Y también todos aquellos desconocidos que acaban gobernando el destino de uno, lo que incluye, según Bowling, al ministro del Interior, a Scotland Yard, a la Liga de la Templanza³, al banco de Inglaterra, a lord Beaverbrook⁴, a Hitler y Stalin en tándem, al colegio episcopal, a Mussolini y al papa. Se los imagina corriendo en desbandada tras él y gritando (*op. cit.*: 206):

“¡Aquí hay uno que cree que puede escapar! ¡Uno que cree que no será uniformizado! ¡Quiere volver a Lower Binfield! ¡A por él! ¡Paradle!”.

Pero un acto como este, pensado para escapar de lo político, un acto puramente individual, secreto, gratuito y fuera de toda ortodoxia, ya no es posible. Al llegar a Lower Binfield descubrirá que el pueblo se ha convertido en una pequeña ciudad: ha sido reurbanizado hasta convertirse en una extensión del mundo moderno. La isla de paz que esperaba encontrar ha sido conectada al continente por un mar de cemento. Todo ha sido modernizado y uniformizado. No hay escapatoria. Así, uno

³ La *Temperance League* tiene su origen remoto en la segunda década del siglo XIX, época en la que nacieron los movimientos sociales, primero en Estados Unidos y al poco en Inglaterra, en favor de la abstinencia de bebidas alcohólicas.

⁴ William Maxwell Aitken (1979-1964) fue un magnate de la prensa británica de la época y llegó a ser ministro del Gobierno de Churchill.

puede intentar llevar a cabo un acto apolítico, pero pronto descubriría que el lugar ideal para hacerlo –un lugar no contaminado por la sociedad moderna– había desaparecido desde mucho tiempo atrás. En Lower Binfield ya no quedaba sitio para ir a pescar. Bowling conservaba el recuerdo de una poza secreta, una poza aislada de la corriente principal y oculta entre árboles, en la que se movían unos peces enormes y que no pudo pescar por falta de utensilios. El Bowling adulto tenía la secreta esperanza de que aquella poza hubiera pasado desapercibida para todos y que todavía pudiera ir a pescar en ella. Vana esperanza. En un giro argumental que solo puede ser calificado de perverso, Orwell hace que esa poza haya sido transformada en un vertedero por los nuevos habitantes de la zona: se trata de una urbanización, ligeramente aislada de las demás, cuyos moradores se jactan de vivir en contacto con la naturaleza y de llevar una vida simple. Por lo que cuenta el líder vecinal con el que Bowling discute, la nueva comunidad tiene cierta tendencia al vegetarianismo, al espiritismo, a la composición de poemas, e incluso a “revolcarse por el rocío antes del desayuno” (*op. cit.*: 255). La ironía es bien clara: la nueva comunidad se ha cargado el entorno natural despiadadamente, pero cree haber escapado del dominio de lo social a través de un mayor contacto con la naturaleza, y a través de un comportamiento ilusoriamente contracultural, más bien propio de chalados que de personas conscientes. Ha intentado llevar a cabo una vida apolítica, pero aquel vecindario no es más que el último desarrollo, el último producto de lo político. Sea como fuere, le han privado a Bowling de su acto apolítico.

2. Infrapolítica y resistencia

No estará de más señalar que la novela de Orwell es tremendamente ambigua, y que críticos y estudiosos se han dividido en dos escuelas a la hora de darle una interpretación. Ambas tienen importancia para dilucidar la relación entre los actos apolíticos tal como los hemos definido y la infrapolítica. La primera tendencia dice que hay que interpretar *Coming Up For Air* como una novela dirigida a las clases medias de la época para hacerlas conscientes de lo poco que tenían que perder ante una posible revolución socialista inglesa. En los años treinta, tal desarrollo se abría en el horizonte político como una posibilidad real, por lo menos entre los círculos intelectuales de izquierda en los que se movía Orwell. Así, la novela sería un acto de propaganda política destinado a convencer a la nueva clase de los trabajadores intermedios de que sus hipotecas, sus casas en las afueras, sus coches y su nueva posición social no eran más que una especie de fraude: su vida era igual de precaria e insatisfactoria que la de las clases trabajadoras. Y justamente sus hipotecas, coches y trabajos fijos les habían convertido en neoconservadores. En palabras de Orwell-Bowling (*op. cit.*: 13-15):

“El principal problema con la gente como nosotros es que nos imaginamos que tenemos algo que perder (...). Somos todos respetables propietarios; es decir, Tories, sumisos lameculos (...). Y el hecho de que no seamos en realidad propietarios, que estemos todos a medio camino de la hipoteca, y que vivamos en el terror de que nos

sucedan algo antes de poder pagar la última letra nos hace todavía más conservadores. Nos han comprado, y lo peor es que nos han comprado con nuestro propio dinero”.

Por consiguiente, debían alinearse políticamente con las clases trabajadoras e intentar conjuntamente llevar a cabo una transformación a fondo del país. Máxime cuando, con la próxima gran guerra a pocos años vista, Inglaterra podía caer bajo las garras de una forma u otra de totalitarismo. La población entera, tanto la clase media como la trabajadora, debía estar preparada para defender sus intereses mutuos y construir una sociedad en la que ni el dinero, ni la posición social, ni el desarrollo tecnológico y económico fueran el centro. En el ideal de Orwell, en su socialismo democrático, la sociedad debía estar regida por principios de justicia común y verdadera simplicidad de vida: construir una sociedad donde fuera posible ir a pescar, sin los agobios de la productividad capitalista ni los falsos lujos, materiales e intelectuales, con los que se conformaban las clases medias del momento.

Lo cierto es que esta interpretación está bien documentada, y tiene pleno sentido en el contexto de la obra y la biografía de George Orwell⁵. Sin embargo, otros estudiosos, más cercanos en el tiempo, han visto en esta obra una exploración de la infrapolítica, de las estrategias de resistencia de un individuo frente a una sociedad que le deja insatisfecho, pero cuya dinámica totalitaria –globalizadora– resulta demasiado fuerte para ser contrarrestada, incluso por una hipotética revuelta colectiva que, por desgracia, hoy ya nadie ve como posible. Con un espíritu muy acorde con nuestra época, estos críticos han visto en ella la exploración de la posibilidad de una resistencia meramente individual ante la sociedad, o primordialmente individual. Ciertamente, el mismo Orwell da pie a esta interpretación más desesperanzada, cuando por dos veces el protagonista intenta explicar sus dilemas e inquietudes a otros tantos personajes secundarios sin lograrse hacer entender.

El primer caso es el de Old Porteous, improbable amigo del protagonista, profesor retirado, célibe, que vive rodeado de libros y mentalmente ajeno a su época: para él solo es real lo que ocurrió en la Grecia y la Roma clásicas. Bowling busca justamente su compañía después de estar en un mitin convocado por el Left Book Club, organización pro-comunista de la época⁶, para aquietarse después de oír intensas discusiones políticas. Sin embargo, la actitud de este profesor, que se niega a ver en Hitler una verdadera amenaza, tampoco le deja satisfecho. Bowling había participado en la Primera Guerra Mundial, y como excombatiente, temía la

⁵ Esta interpretación, canónica, puede hallarse ya en los primeros estudios sistemáticos de la obra de Orwell, empezando por la biografía completa de Orwell escrita por el profesor Bernard Crick, en la que afirmaba que *Coming Up For Air* era una llamada a la revuelta (Crick, 1980, p.143.). Esta misma interpretación se puede hallar, largamente desarrollada, en el libro de Saunders (Saunders, 2016, *Coming Up For Air and George Bowling: The Material Boy*, epígrafe del capítulo 1), en el que se afirma que Orwell es un escritor esencialmente proletario, y *Coming Up For Air* “su novela más claramente proletaria”, por mucho que el protagonista pertenezca a la clase media. La afirmación se sostiene por la intención del autor de despertar la conciencia de opresión en las clases medias, igual que en las proletarias. Como ya hizo Crick, Saunders insiste en que cuando Orwell escribió la novela, había participado en la guerra civil española y creía en la posibilidad de una revuelta socialista.

⁶ La historia de Orwell y su asociación con el Left Book Club, fundado por Victor Gollancz (1893-1967), que fue su primer editor, es larga y compleja. Baste que Orwell se fue distanciando de este porque sostenía una postura acriticamente favorable a la Unión Soviética. Orwell tenía dudas de que Gollancz aceptara publicarle *Coming Up For Air* por su retrato de este mitin, y la ruptura se confirmó cuando Gollancz rechazó *Animal Farm*, y, al final, le liberó del contrato que les unía. Véase también la siguiente nota.

guerra. Pero todavía temía más los regímenes totalitarios; el hecho de que Porteous, con toda su cultura, no comprenda la amenaza, aumenta el sentimiento en Bowling de no contar con aliados.

Y el segundo caso, especialmente significativo, aparece al final de la novela. Bowling ha decidido salir precipitadamente de Lower Binfield tras la explosión accidental de una bomba, lanzada por un avión de las R.A.F de maniobras. Se ha dado cuenta finalmente de que “los hombres gordos de mediana edad ya no pueden ir a pescar. Ese tipo de cosas ya no pasan; son un sueño, ya nadie irá a pescar nunca más” (*op. cit.*: 266), y ha decidido volver a casa antes de lo previsto. Al llegar, su mujer le está esperando. Desde el primer momento, por pura desconfianza, ha hecho las averiguaciones pertinentes y ha sabido que su marido no asistía a ninguna conferencia de vendedores de seguros, tal como había afirmado. Hilda está convencida de que George ha estado viéndose con otra mujer. Este se ve incapaz de defenderse de tal acusación. Para ello debería explicarle a su mujer el origen político de su malestar; debería explicarle cómo, para él, lo que parecen condiciones de libertad (trabajo fijo, casa, coche, familia) son condiciones de opresión; un mero fraude. Debería explicarle cómo el recuerdo de su infancia, y de la vida apacible y estable que se vivía entonces, le ha llevado a intentar revivir esos sentimientos. Debería explicarle cómo abandonó esa visión predominante del mundo de su infancia y adoptó la visión competitiva, capitalista, de progreso económico al volver de la guerra, y adquirió aquellos bienes que le resultan ahora opresivos. Debería explicarle su intención de volver a pescar, cuando su mujer jamás le vio pescar en ningún momento. Pero todo ello, a la vista de su propio fracaso, le parece en ese momento de una inutilidad tremenda. Por lo que decide, y así termina la novela, dejar que su mujer crea que en efecto se ha estado viendo con una amante. Es decir: quizá Orwell pretendía inicialmente hacer una llamada a la acción a las clases medias, despertar la conciencia de su opresión (igual que el marxismo ortodoxo llamaba a despertar la conciencia de la opresión entre la clase obrera), pero la novela concluye con el descubrimiento de la imposibilidad de transmitir esa conciencia. Una imposibilidad íntima. Como Bowling no halla aliados, parece que el impulso revolucionario que motivó esta novela quedaba eliminado en su conclusión.

La interpretación que dice que esta es una novela dirigida al individuo y no a la clase, y dedicada a exponer una infrapolítica, se apoya también en otro curioso elemento. A pesar de lo tragicómico de su final, Bowling es resistente. Así lo caracteriza Orwell desde el principio de la novela (*op. cit.*: 23):

“En cualquier circunstancia sabría ganarme la vida –sin llegar nunca a ganar una fortuna–, e incluso en medio de una guerra, de una revolución, de una epidemia o de una hambruna, sería suficientemente espabilado para vivir más tiempo que la mayoría de la gente. Soy ese tipo de persona”.

Se da, pues, en él, un cierto estoicismo ante los vaivenes y desastres colectivos y un cierto escepticismo respecto de las doctrinas políticas, como demuestra su actitud en el capítulo en que asiste a un mitin político de izquierda (*op. cit.*: 169 i ss.)⁷.

⁷ Uno de los peores problemas hermenéuticos del libro es el de separar las voces del autor y el protagonista, que hace más difícil valorar pasajes como el del mitin del Left Book Club, en el que se podría interpretar que Orwell daba rienda suelta a su más que justificada hostilidad hacia los pro-soviéticos y su intransigencia hacia

Querría una sociedad mejor, como la que les proporcionó una infancia inmejorable a principios de siglo, pero el espacio natural en el que se encuentra cómodo Bowling se sitúa por debajo de la política. Así, todas sus acciones se convierten en un ejemplo de lo que Scott definió como infrapolítica, porque sus acciones públicas parecen una forma de consentimiento a la dominación (Scott, 1990). Su ida a Lower Binfield es un acto de rebeldía que pasa completamente desapercibido para los extraños que se cruzan con él. Nada en su actitud ni en su físico permite identificarle como un contestatario, cuando lo es verdaderamente, mucho más que los supuestos contestatarios de las urbanizaciones modernas. Sus acciones de rebeldía, sus estrategias de resistencia, su infrapolítica pasan desapercibidas por quienes ejercen una forma u otra de dominación sobre él, empezando por su esposa, a quien Bowling prefiere dejar a oscuras respecto de la auténtica naturaleza de rebelión política que tienen sus actos.

Y aún habría que añadir: entre los que hacen una lectura infrapolítica de la novela, existe una coincidencia en señalar a Bowling como el único personaje que no ha perdido su humanidad, y que, como decíamos, su aparente sumisión es, en realidad, revuelta. Según Van Dellen, por ejemplo, “la novela sugiere que la víctima individual de la sociedad tecnocrática sobrevivirá solo si se somete pasivamente a ella” (Van Dellen, 1975: 63), a lo que añade: “[Bowling] se somete pasivamente al mundo moderno, pero su sumisión no solo significa resistencia, sino también la victoria final de la humanidad básica de las personas. Por encima de todo, George Bowling es un ser humano” (Van Dellen 1975: 66). Otra especialista, Anette Federico, afirma que las acciones de Bowling “son presentadas al lector, cómplice, dentro de un proyecto más grande de rebelión”, y también que “concluir que la novela es derrotista o apocalíptica, que solo trata sobre el fracaso y la capitulación frente a las fuerzas políticas, que no tiene un centro moral, es negarle importancia ética tanto a su tan cautivador modo narrativo como a las tácticas de supervivencia que describe con tanta determinación” (Federico, 2005:54 y 63).

Así pues, existe una lectura infrapolítica de la novela. A pesar del callejón sin salida al que parece ir a parar Bowling al final, hay en ella un discurso soterrado sobre la necesidad de resistir, y aún más, se describen en ella, supuestamente, algunos actos apolíticos, como los que tratábamos de esbozar al principio. Actos que, a decir de estos últimos críticos citados, representan un “centro moral”, actos que preservan “la humanidad” del protagonista.

¿Actos apolíticos o infrapolíticos? ¿Qué diferencia hay? Lo cierto es que el término infrapolítica se creó para describir las estrategias de resistencia de pueblos oprimidos por otros pueblos, de la resistencia de los esclavos frente a sus amos. Sin embargo, hoy, la dominación a la que están sometidos todos los George Bowlings del mundo ya no proviene de un grupo concreto. La presión, hoy y en tiempos de Orwell, es sistémica, y no cabe señalar un pueblo o una clase social como la fuente de la opresión. Se impone la infrapolítica hoy porque no hay enemigo al que expulsar, ni clase dominante a la que desbancar del poder. Todos los Bowlings han

los demás integrantes de la izquierda. Sin embargo, Orwell declaró por carta a su agente literario que, al escribir, intentó ser apolítico (Davison 1998e: 352): “El libro es solo una novela, y más o menos apolítica [*unpolitical*], si es que es posible escribir un libro así hoy en día, pero su tendencia general es pacifista, y contiene un capítulo (...) que describe un encuentro del Left Book Club sobre el que Gollancz, sin duda, tendrá objeciones...”.

internalizado la presión y se explotan a sí mismos. Todo acto infrapolítico, de velada revuelta y resistencia contra el sistema, desemboca en un acto apolítico, sin significado político, fuera de la ortodoxia, solitario, secreto y gratuito. Lo apolítico tiene mala prensa porque parece fomentar la pasividad. Pero conviene no menospreciar el potencial transformador de lo apolítico. Salirse del sistema significa preservar la humanidad, evitar la alienación completa. Y un cambio social solo es posible cuando un grupo conserva una cierta visión no-ortodoxa de sí mismo y del pasado, cuando tienen una visión clara de la insuficiencia de las condiciones de vida –incluso cuando, como es el caso, estas condiciones son opulentas–, y una cierta intuición de lo que es una vida humana auténtica. O quizá haya menos requisitos. Basta con reconocer que nuestra sociedad tecnológica es bastante buena en cubrir nuestras necesidades materiales, y muy mala en cubrir las necesidades no-materiales. Tan pronto como lo intenta, acaba construyendo campos de golf, máquinas de realidad virtual y parques temáticos. En tales condiciones, el malestar solo puede crecer, y la búsqueda de lo apolítico se vuelve casi instintiva. Y no lo olvidemos: cada acto apolítico (gratuito, individual, secreto, fuera de la ortodoxia) es al final un acto de resistencia y rebelión.

3. Las fuentes orwellianas de la infrapolítica

Es verdaderamente chocante que un hombre políticamente tan activo como Orwell, dedicara una obra a la pasividad política. Sin embargo, una lectura atenta de sus propios escritos revela cierto pesimismo intelectual, que es una constante en su obra, y que se hace más claro después de su participación en la guerra civil española. Diversas fuentes explicarían este pesimismo; la obra del escritor Henry Miller (1891-1980) es su principal inspiración literaria. Orwell conocía *Tropic of Cancer* (1934) desde 1935, en una época en que trabajaba como librero y compartía piso con Rayner Heppenstal (1911-1981, novelista, poeta, productor radiofónico) y Michael Sayers (1911-2010, crítico literario, poeta y escritor irlandés). *Tropic of Cancer* es un relato en primera persona de las desventuras de un americano en París, en aquellos años veinte en que los artistas de vanguardia colonizaron la ciudad y se dedicaron, a partes iguales, a hacer avanzar las artes –en algunos casos, con la esperanza de provocar una regeneración social auténtica–, y al hedonismo más craso. Era un libro difícil de conseguir, porque había estado prohibido en Inglaterra bajo la acusación de pornografía. Orwell se interesó por la obra por constituir un retrato del *common man*, por hacer salir a la luz aquellas partes de la existencia que la novela tradicional había proscrito, por saber retratar bajo una nueva luz los aspectos universales y poco explorados de la vida cotidiana, aunque lamentaba que sus protagonistas, por su marginalidad, no permitieran tener un retrato de las actividades más mayoritarias (cf. Davison 1998b: 92). Celebraba, a pesar de todo, su lenguaje vivaz, lejos de la rigidez de la prosa tradicional. Todo ello puede encontrarse igualmente en *Coming Up For Air*. Esta obra también está escrita en primera persona, también explora la vulgaridad de la vida cotidiana, y tiene como protagonista no un hombre auto-marginado, como los protagonistas de *Tropic of Cancer*, sino perfectamente integrado. Ya no se trataba de hacer un retrato, como en el caso de Miller, de gente que solo bebe, charla, medita y fornicación,

sino de retratar a gente en sus trabajos, en sus casas, con sus vidas socialmente integradas (Cf. Levenson 2007: 73).

Pero es que, además, según Orwell, *Tropic of Cancer* estaba escrito desde la perspectiva de un hombre feliz. Otros libros de la misma época sobre la vida marginal (Céline y su *Voyage A Bout de la Nuit*, de 1932) eran más cínicos y amargados. Orwell logró llevar a cabo algo similar en *Coming Up For Air*, que como se ha señalado, y a pesar de todos sus callejones sin salida argumentales, no deja de tener un tono esperanzado, con una dialéctica difícil de analizar entre aceptación y resistencia, sumisión y revuelta interna.

Además, la obra de Miller permitía reencontrar los dilemas que atormentaron a Orwell a lo largo de la década de los treinta, y que cristalizaron en *Coming Up For Air*. En el ensayo *Inside The Whale* (Davidson 1998b: 86-115), de 1940, que fue escrito justo después de completar la novela, Orwell afirmaba que el mérito del Miller fue escribir sobre el hombre corriente, en una época en que la práctica dominante era la de escribir sobre temas políticos mayores. Miller, por lo tanto, estaba doblemente fuera de juego: al dar el protagonismo al hombre corriente, dejaba fuera las grandes declaraciones programáticas sobre el destino de la sociedad; al hacer de su hombre corriente un hombre sensual, preocupado únicamente por la supervivencia y el bienestar, se alejaba igualmente de las causas políticas del momento.

Según Orwell, los escritores que no se identificaban con su momento histórico, o bien eran unos simples, o bien intentaban luchar contra las corrientes de la época. Su lucha, necesariamente, tenía que tener la consciencia de la imposibilidad de vencer (Davison, 1998b: 106):

“Si lo entienden [el proceso político de su época] con suficiente claridad como para querer oponerse, probablemente tengan suficiente visión para darse cuenta de que no pueden vencer”.

Tal afirmación puede aplicarse enteramente al personaje de Bowling, y por extensión, al mismo Orwell, por mucho que el escritor jamás se dejara llevar por la pasividad. En cambio, Miller era plenamente consciente de los desastres que asolaban la Europa de los años treinta (paro, nacimiento y auge del totalitarismo, el militarismo, la guerra civil en España, etc.) y escogía, por la consciencia de no poder vencer, cantar sobre las ruinas de su civilización sin darle la espalda a las llamas. Por eso, este importante ensayo de Orwell se titula “Dentro de la ballena”: la actitud de Miller, a diferencia de la de Orwell, era la de buscar una ballena lo suficientemente grande en cuyo interior se pudiera vivir mentalmente protegido de los sucesos del exterior, como un vientre materno en el que sentirse seguro y alejado del dolor.

Se puede notar claramente que esta fue la tentación que más fuertemente sintió Orwell, posiblemente a lo largo de toda su vida, pero especialmente en los años 1937-1940, el periodo que va desde su participación en la guerra civil hasta la escritura de este artículo sobre Miller⁸. Por talante personal, Orwell no buscaba el

⁸ Se diría incluso que la tentación se alargó aún un tiempo. En 1941 (15 de abril), contestando una pregunta de la publicación *Partisan Review*, Orwell afirmaba: “No veo ninguna tendencia al escapismo en la literatura de hoy, pero creo que si se escribiera alguna obra de primer orden sería escapista, o, como mínimo, subjetiva. Esto lo infero de examinar mi propio estado mental. Si tuviera tiempo y tranquilidad para escribir una novela

recurso al aislamiento: como hombre de acción se sentía impulsado constantemente a mezclarse en todos los conflictos posibles. Pero comprendía profundamente la opción de Miller y la respetaba. Ahora bien, ¿qué consideraba honorable, más precisamente, en la actitud de Miller, quien trató a Orwell con cierta condescendencia cuando coincidieron en París, yendo Orwell de camino a Barcelona para luchar en la guerra⁹? El mismo Orwell lo explica: que Miller, a pesar de su pasividad y aparente actitud irresponsable, tenía una gran lucidez respecto de las exageraciones y falsedades de las ideologías en conflicto en Europa (socialismo y fascismo), y con su pasividad mantenía, en el fondo, una actitud de no-cooperación con ellas. Su forma de vida, al final, no era puramente hedonista, sino una forma de resistencia pasiva.

Orwell dirá en “*Inside the Whale*”, a propósito de las obras escritas durante la Primera Guerra Mundial, que aquellas que daban la espalda al conflicto, o las obras de los soldados que fueron víctimas de la guerra, eran las que realmente representaban la continuación de la herencia humana en tiempos de locura colectiva. Y en situaciones de grave conflicto como una guerra mundial, la confesión de la propia impotencia, o los gestos aparentemente frívolos eran realmente la mejor manera de continuar la herencia humana. Es en este preciso sentido en que Orwell admiraba y defendía la obra de Miller, a pesar de ser hombres tan distintos entre sí. La obra de Miller era, a la vez, una confesión implícita de impotencia y una frivolidad, y justamente por ello resultaba una mejor defensa de la humanidad que otros libros con un propósito político más claro y supuestamente constructivo. La obra de Miller era una forma implícita de resistencia.

Tal conclusión puede dar una luz distinta al final de *Coming Up For Air* y, en general, a la figura de George Bowling. Bowling muestra, en diferentes momentos de la novela, algunas dudas sobre su escapada a Lower Binfield: es perfectamente consciente de que su huida es intempestiva, y necesita ocultarse para llevarla a cabo, como si se tratara de un verdadero atentado al orden establecido, como un acto revolucionario: un acto, en el fondo, infrapolítico. Su excursión es una frivolidad, como lo es el hecho de pararse a recoger flores, como aparece en cierto pasaje previo a la decisión de partir (Orwell 1985: 195). Son frivolidades que el personaje se permite, y que incluso le hacen sentir cierta vergüenza. Son actos alejados de lo público, resistencia privada, actos infrapolíticos. Escapar al pueblo de la infancia o parar el coche para recoger flores no son actos de irresponsabilidad, por mucho que lo parezcan, como las vidas y talento aparentemente malgastados de los personajes de Miller. Son formas de resistencia, actos infrapolíticos (“*Inside the Whale*”, Davison 1998b: 110).

ahora, escribiría sobre el pasado, sobre el periodo anterior a 1914, lo que, supongo, tiene que ser considerado como ‘escapismo’”. (Davison 1998b: 473).

⁹ Davison 1998b: 106: “Conoció a Miller en persona al final de 1936, cuando pasaba por París de camino a España. Lo que más me intrigó es que no tenía ningún interés en absoluto por la guerra española (...) [para Miller,] mezclarse con esos asuntos por un sentimiento de obligación era pura estupidez”. Miller obsequió a Orwell con una chaqueta de pana, y según Alfred Pérles, amigo personal y secretario de Miller, la chaqueta se la hubiera dado igualmente si Orwell hubiera ido a luchar en contra de la República (Cf. Coppard 1989: 216-19). Cuando más adelante (4 de diciembre de 1942; Davison 1998c: 218), Orwell volvió a escribir sobre Miller, afirmó: “El entusiasmo le parecía pura locura”, haciendo referencia, con toda probabilidad, a este episodio.

“Al fin y al cabo, la guerra de 1914-18 solo fue un momento más álgido de una crisis casi continua. Hoy no hace falta una guerra para tomar consciencia de la desintegración de nuestra sociedad y del desamparo, cada vez mayor, de todas las personas decentes. Es por ello que considero que la pasividad, la actitud de no-cooperación que implícitas en la obra de Miller queda justificada”.

El magnífico final de *Coming Up For Air* es también una manifestación de este desamparo, de esta impotencia de las personas decentes. La falsa confesión de Bowling, de haber estado con una amante durante los días de su huida, muestra hasta qué punto la rebelión contra el orden establecido tiene que permanecer oculta. Intentar explicar, intentar justificarse, está condenado al fracaso. Los actos de rebelión en un mundo como el presente no hacen que el rebelde aparezca a los ojos de la mayoría como un héroe o un subversivo, sino como un idiota. Dado que su capacidad de provocación es muy limitada y su impacto en la transformación social, prácticamente nulo, es mejor que los actos infrapolíticos, de resistencia, pasen inadvertidos. Este tipo de actos suelen ser mal interpretados sistemáticamente, de la misma forma que los libros de Miller se consideraron en su momento mera pornografía, o el libro de Orwell, su *Coming Up For Air*, podría ser despachado como una mera crónica de la crisis masculina de la mediana edad.

Por lo tanto, cuando Orwell decía, a propósito de Miller (Davison 1998b: 111):

“La actitud pasiva volverá, y será más conscientemente pasiva que anteriormente. Tanto el progreso como la reacción se han revelado ambas como un fraude. Parece que no queda otra cosa que el quietismo –quitarle a la realidad sus terrores a base de someterse, simplemente-. Meterse en la ballena, o, más bien, admitir que uno está en el vientre de la ballena (porque uno lo está, sin duda). Entregarse a los procesos del mundo, dejar de luchar contra ellos y dejar de fingir que uno los controla. Simplemente aceptarlos, soportarlos, registrarlos”.

Estaba intentando justificar tanto la escritura de un autor que no creía ni en la revolución ni en la reacción como a su querido George Bowling, que también admitía estar “dentro de la ballena”, y que se veía obligado a escoger el quietismo y a someterse a la realidad, por mucho que, como ya se ha dicho, el propio Orwell fuera incapaz de tal sometimiento. El final de *Coming Up For Air* es un ejemplo de esta forma consciente de sumisión, que, como el mismo Orwell dijo, podría ser la manera correcta de continuar la herencia humana en tiempos de locura colectiva.

La idea de que la resistencia implica, en buena parte, la necesidad de continuar con la propia existencia sin alteraciones, por mucho que sea insatisfactoria, junto con un rechazo a las ideologías potencialmente (y efectivamente) deshumanizadoras, tiene una coda final en un artículo de 1945, publicado en el *Partisan Review*, en el verano de ese año. Después de haber estado todo el periodo de pre-guerra profundamente preocupado por la posibilidad de que Inglaterra cayera en el fascismo en vistas a una supuesta mayor eficiencia en el esfuerzo bélico; miedo que se refleja, como hemos dicho más arriba en *Coming Up For Air*, Orwell se maravillaba de la ausencia de conflictos internos durante esos años de guerra (Davison 1998d: 165):

“Jamás hubiera profetizado que podríamos haber vivido casi seis años de guerra sin llegar ni al socialismo ni al fascismo, y con nuestras libertades civiles intactas. No sé si esta semianestesia en la que los británicos logran vivir es una forma de decadencia, como muchos observadores creen, o si por otro lado es una especie de sabiduría instintiva. Seguramente se trate de la mejor actitud cuando se vive entre horrores y calamidades sin fin, sin que uno tenga capacidad para hacer nada al respecto”.

Inglaterra, aparentemente, estaba llena de Bowlings resistentes. Desde *Homage To Catalonia*, pasando por *Coming Up For Air*, Orwell había deseado y temido a la vez que Inglaterra se despertaría de su sueño e inconsciencia solo por efecto de las bombas. Las bombas llegaron, y al terminar la guerra, Orwell constataba maravillado que esa especie de letargia continuaba (Davidson 1998d: 146):

“Caminaba con un amigo por un parque, y le hice notar que en el comportamiento de las multitudes no había nada que indicara que estuviera pasando algo fuera de lo corriente. Exactamente como de costumbre, la gente empujaba el carrito del niño por aquí y allá, los jóvenes iban detrás de las chicas, continuaban los partidos de cricket, etc. Mi amigo dijo, téticamente: ‘Van a seguir así hasta que las bombas empiecen a caer, y entonces les entrará el pánico’. Pero a nadie le entró el pánico, y, como dije entonces, mantuvieron sus patrones ordinarios de conducta hasta extremos sorprendentes, incluso en medio de la desorganización causada por los bombardeos”.

El dilema final que Orwell meditaba sorprendido, esto es, si la resistencia de la gente se debía a su falta de vitalidad y nervio, o más bien a su sabiduría, parece pura retórica a la luz de *Coming Up For Air*: lo sabio es someterse y preservarse. Bowling y los demás personajes de la novela viven en la *decency*, aquella fe implícita en un código moral privado que tanto el fascismo como el socialismo amenazaban con poner en peligro. No son personajes decadentes o inmorales. Orwell da a entender que el hecho de que no se hubiera instalado ninguna dictadura, ni comunista ni fascista, se debía en el fondo a esta fidelidad, a esta sabiduría instintiva de las personas corrientes.

4. Estrategias de resistencia

En *Coming Up For Air* se propone un acto de resistencia, la pesca, incluso cuando este acto no se lleva a cabo efectivamente. Bowling cuenta muy detalladamente los pormenores y las sensaciones de ir a pescar, recordando su infancia en el pueblo. De mayor, como decíamos, pescar se había vuelto imposible. Pero además de la pesca, estaba la lectura, que el protagonista practicó no solo durante la infancia, sino también durante un largo periodo de movilización en la Primera Guerra Mundial, cuando fue destinado, solo, durante meses, a vigilar un almacén militar vacío. En cualquier caso, se pueden señalar otras dos, también presentes en la novela: la memoria del pasado y la consciencia crítica. Ambas pueden oponerse a la dinámica totalitaria de un presente que pocos cuestionan, de un mundo cuya falta

de humanidad todos sostienen a través de su inevitable participación activa. Como dijo un contemporáneo de Orwell (Rees 1961:85), *Coming Up For Air* hace comprensible el impulso de un hombre corriente, más bien poco espiritual, a huir al desierto, aunque tal acto tampoco es llevado a cabo. La novela no presenta más estrategias de resistencia.

Orwell, a través de sus escritos, volvió sobre ellas y mencionó alguna más. Hay dos escritos especialmente significativos que vale la pena mencionar. El primero, un artículo para el diario *Tribune*, que salió publicado el 11 de enero de 1946, da cuenta de cierto proyecto urbanístico, llamado “Pleasure Spots”, que consistía en crear un centro de vacaciones, cubierto, para alojar un buen número de familias. En esencia, el proyecto, tal como lo describe Orwell, recordaba a un parque temático o a un *Shopping Mall* (Davison, 1998: 31):

“Uno nunca está solo; uno nunca hace nada por sí mismo; uno nunca ve vegetación natural u objetos no-artificiales de ningún tipo; la luz y la temperatura se regulan artificialmente, uno nunca está fuera del alcance de la música (...)”.

Una forma de resistencia consistiría en saber usar (o no usar) las tecnologías, con el siguiente criterio:

“(...) si esto le convierte a uno en más humano o menos humano. Porque un hombre solo se mantiene humano si conserva grandes partes de su vida ajenas a la tecnología, mientras que la tendencia de los inventos modernos –en particular de las películas, la radio y el avión– es la de debilitar su consciencia, anular su curiosidad, y, en general, llevarle más cerca de la vida de los animales”.

Añádase las nuevas tecnologías de la comunicación: ninguna de ellas está diseñada para lo apolítico, sino todo lo contrario. Lo apolítico, lo infrapolítico, excluye lo digital.

Unos meses más tarde, en abril de 1946, desde la misma plataforma, Orwell publicaba “Algunas reflexiones sobre el sapo común” (Davison, 1998: 239), que seguramente constituye la mejor pieza de su trabajo como columnista. En ella Orwell defiende la mirada contemplativa como la esencia de lo apolítico, o lo infrapolítico (p.239):

“Para decirlo con más precisión: ¿es políticamente reprehensible, en un momento en que todos gemimos, o como mínimo, deberíamos estar gimiendo bajo los grilletes del sistema capitalista, señalar que con frecuencia la vida vale más la pena ser vivida por el canto de un mirlo, por un olmo que amarillea en octubre, o por cualquier otro fenómeno de la naturaleza que no cuesta ningún dinero y no tiene lo que los editores de los periódicos de izquierda llaman un enfoque de clase?”.

Obsérvese cómo Orwell critica su propio bando, en un intento de ser lo más apolítico y justo posible. Más abajo (p.240):

“Creo que reteniendo el amor infantil por cosas como los árboles, los peces, las mariposas y –por volver a mi primer ejemplo– los sapos, uno hace que un futuro

pacífico y decente sea un poco más probable, y que predicando la doctrina de que no hay que admirar nada más que el acero y el hormigón, lo único que se consigue es que los seres humanos solo hallen una salida de su energía suplementaria en el odio y la adoración al líder”.

Sustitúyase el líder por la última realidad de adoración social suprema, dígase, por ejemplo, el dinero, o cualquier otro espejismo similar. El párrafo final es todavía más expresivo y vale un comentario más largo. Dice así (*ibid.*):

“Cuántas veces me he quedado de pie viendo a los sapos aparearse, o un par de liebres librando un combate de boxeo en la esquina de un campo de maíz joven, y he pensado en todas las personas importantes que tratarían de impedir que disfrutara con todo ello si pudieran. Pero por suerte no pueden. En la medida en que uno no esté enfermo, o hambriento, o aterrorizado, o prisionero de un campo de concentración o un campo de vacaciones, la primavera todavía es la primavera. Las bombas atómicas se amontonan en las fábricas, la policía ronda por las ciudades, las mentidas fluyen por los altavoces, pero la tierra todavía gira alrededor del sol, y ni los dictadores ni los burócratas, por mucho que lo desapruében, son incapaces de impedirlo”.

Ciertamente, Orwell favorece en este artículo suyo los signos de la primavera como aquello a lo que hay que prestar atención para escapar de lo político. Pero señala una estrategia más general, más universalmente aplicable, ahora que ya no hay ni sapos, ni liebres, ni mariposas ni nada por el estilo en las ciudades: la de mantener una consciencia permanente de la simultaneidad de dos procesos de características casi opuestas. Por un lado, la arbitrariedad sin valor que las realidades de naturaleza social como el trabajo o el tiempo libre comercializado y adocenado – cursillos de yoga y *mindfulness* incluidos– nos obligan a perseguir constantemente. Por otro, el respeto casi religioso por la realidad permanente del mundo, ligado al sentimiento de pequeñez y debilidad, de precariedad de las personas que ningún sistema político, por más eficientemente que se diseñe, o por mucho que lo prometa, podrá eliminar jamás completamente.

Orwell no está defendiendo la mera pasividad. Un hombre con su trayectoria vital, que incluyó la participación en la opresión colonial, la indigencia voluntaria, la lucha en la guerra civil española, la escritura incansable, la búsqueda de la excelencia literaria, la participación en el esfuerzo de guerra en el que se vio envuelto su país, y que vivió permanentemente entregado a todas sus tareas, hasta morir por completar la que sería su última novela, no podría conminar a nadie a la pasividad. Orwell ofrece su estrategia infrapolítica: uno debe implicarse en lo que crea, pero no perder de vista jamás aquello que está más allá de lo político. En la medida que sepa hacerlo, resistirá la presión externa, escapará de la opresión de sus propias actividades, hará más probable un mundo en que los actos gratuitos, antiortodoxos y personales sean más frecuentes, un mundo en el que sea más fácil respirar.

5. Bibliografía

- Crick, B. (1980): *George Orwell: A life*, Boston. Mass.: Little, Brown and Co.
- Coppard, A. y B. Crick (eds) (1989): *Memoria y evocación de George Orwell*, Mexico, Fondo de Cultura Económica.
- Davison, P. (ed.) (1998): *The Complete Works of George Orwell*, volumen 18, London, Secker and Warburg.
- Davison, P. (ed.) (1998b): *The Complete Works of George Orwell*, volumen 12, London, Secker and Warburg.
- Davison, P. (ed.) (1998c): *The Complete Works of George Orwell*, volumen 14, London, Secker and Warburg.
- Davison, P. (ed.) (1998d): *The Complete Works of George Orwell*, volumen 17, London, Secker and Warburg.
- Davison, P. (ed.) (1998e): *The Complete Works of George Orwell*, volumen 11, London, Secker and Warburg.
- Ellul, J. (1964): *The technological society*, New York, Alfred A. Knopf.
- Federico, A. (2005): "Making Do: George Orwell's Coming up for air", *Studies in the Novel*, volumen 37, nº1, Spring 2005, pp.50-63.
- Orwell, G. (1985): *Coming up for air*, San Diego, Cal., Harcourt and Brace.
- Levenson, M. (2007): "The fictional realist: novels of the 1930s" en Rodden, J. (ed.): *The Cambridge Companion to George Orwell*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Rees, R. (1961): *Fugitive from the camp of victory*, London, Secker and Warburg.
- Saunders, L. (2016): *The unsung artistry of George Orwell: The novels from Burmese Days to Nineteen Eighty-Four*, (digital edition) London and New York, Routledge.
- Scott, J.C. (1990): *Domination and the art of resistance: Hidden transcripts*. New Haven and London, Yale University Press.
- Van Dellen, R.J. (1975): "George Orwell's Coming up for air: The Politics of Powerlessness". *Modern Fiction Studies*, volumen 21, nº1, pp. 57-68.